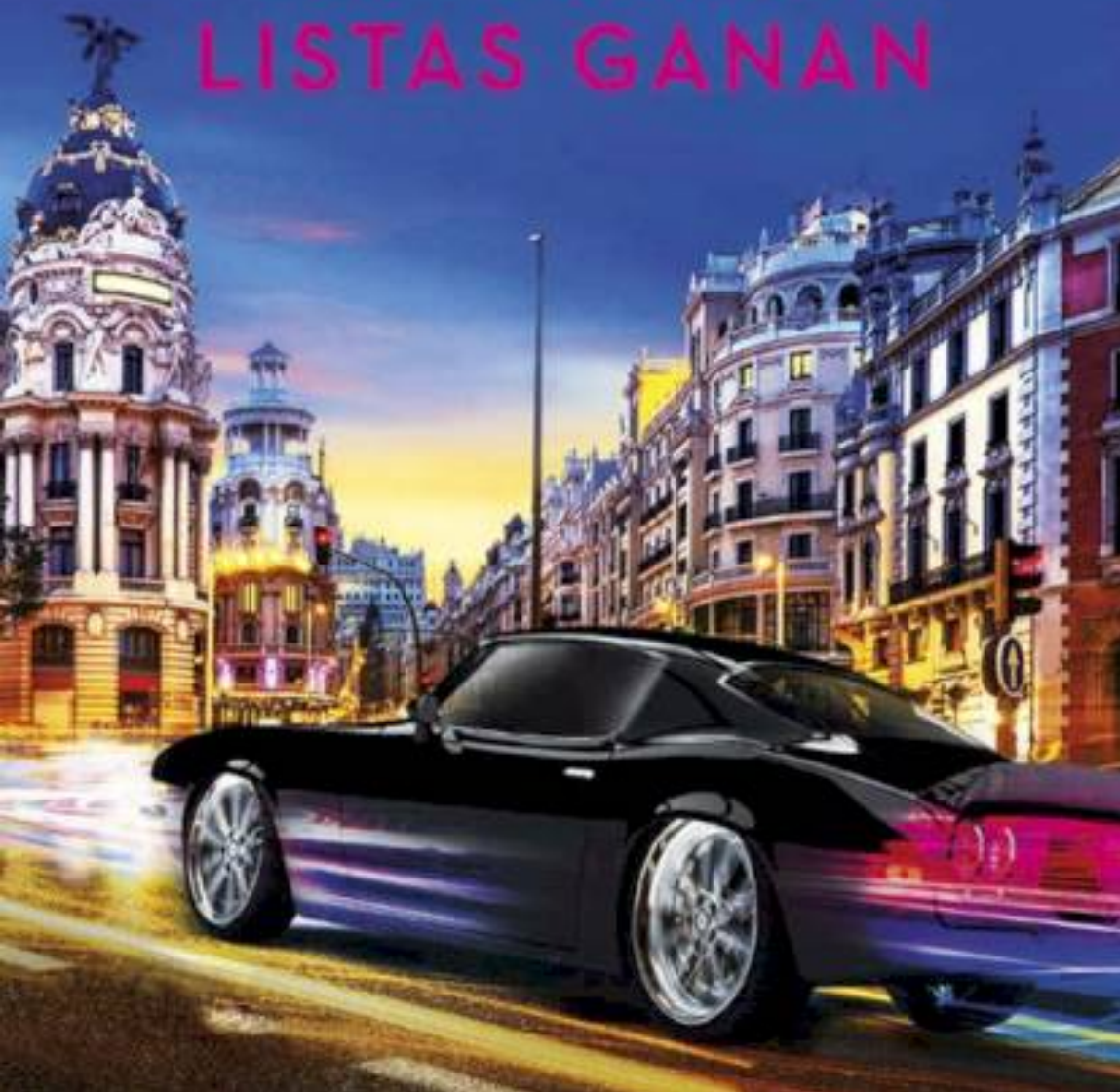


CRISTINA PRADA

LOS CHICOS
MALOS APUESTAN,
LAS CHICAS
LISTAS GANAN



Me llamo Daniela y soy una chica normal y corriente. Tengo amigas de las buenas y un novio, Hernán. Hernán tiene una exmujer, Andrea, y Andrea tiene un novio, Rico León. Y Rico León no es un chico corriente. Es guapo, con un culito pollo de escándalo y una innata capacidad para estar mezquinamente atractivo sin esforzarse. Categoría de Rico León en los libros: chico malo.

Nos conocemos por culpa del desgraciado de su hermano Hugo, por mi mejor amiga, Sandra, y porque nos odiamos. Él ha dado por hecho que soy la típica niña mimada a la que solo le interesan los zapatos. Yo, que es un bruto al que Dios solo le dio el don del sexo. Sin embargo, lo que creemos acerca de una persona y lo que sentimos por ella pueden ser cosas completamente diferentes.

*Porque nadie puede decirnos cómo queremos
ser.*

1

Daniela

Vivo en Madrid y me encanta; sus calles, su ruido, su olor y su creatividad. Me fascina que siempre haya una exposición que ver, que se pueda comer *ramen* y *dumplings* y bocatas de calamares, que nadie te mire mal por beberte una cerveza sentada en un escalón y que siempre haya un grupo increíble de cualquier tipo de música al que descubrir en cualquier bar de mala muerte.

Adoro cruzar la ciudad en metro para encontrarme con mis amigas Sandrita y Keti en nuestro bar preferido, en el centro de Malasaña. Podría mudarme aquí, pero tengo mis motivos para no hacerlo y, aunque son de peso, no me pesan —casi me sale un pareado—; nunca lo han hecho.

Soy una chica normal y corriente, pero una chica normal y corriente de verdad, no como suelen serlo en los libros. No soy un dulce animalito del bosque que no gusta al sexo opuesto, pero que basta con que el prota se fije en ella para que todos a su alrededor se den cuenta de que está buenísima. Tampoco soy la otra clase de chica de las novelas: guapa, extraordinariamente inteligente, rica y carismática que encuentra a un hombre guapo, extraordinariamente inteligente, aún más rico y carismático. Tengo el pelo castaño, los ojos marrones, no sé lo que mido, pero no soy alta, y sé lo que peso, pero paso de contarlo aquí. Diré que no soy un ángel de Victoria's Secret, pero tampoco tengo problemas para encontrar ropa de mi talla, aunque de vez en cuando me cuesta que me cierren los vaqueros (gracias por

eso, señor que inventó los Donettes). Soy una chica normal, como tú. ¡Ah!, y no soy virgen. ¿Por qué en los libros románticos todas son vírgenes o con una experiencia sexual limitada a tres personas? Para tratarse de novelas que se explayan con el uso de la palabra *follar*, dejan mucho en manos del talento natural.

Mi trabajo es otra historia. Estudié muchísimo y me esforcé aún más pensando que el día que pusiera un pie en las oficinas de Matlock Media, la sede española de la mayor empresa de comunicación corporativa de Europa, sería como cruzar las puertas de un sueño, pero me equivoqué. Me usan como si fuera una asistente y nadie tiene el más mínimo interés en escuchar mis ideas, y no es que me considere la mente más brillante del hemisferio norte, pero les vendrían bien oírlas o pronto dejarán de ser la sede de la mayor empresa de comunicación corporativa de Europa para convertirse en la sede más anquilosada en el pasado del planeta.

—Lo que les molesta a los pleistocénicos de tus jefes es que alguien de veintiséis años les haga ver lo que no funciona —conviene Keti, sentada, como yo, en uno de los taburetes de la barra de nuestro bar favorito, El Fly.

—Lo que de verdad les encabrona es que lo haga una mujer —sentencia Sandrita, a mi otro lado.

—Ahí le has dado —interviene Furia Furibunda, con su pelo a lo afro y sus gafas de pasta, señalándola con la mano con la que sostiene el trapo con el que está secando los vasos detrás de la barra—. Yo soy camarera, empresaria, *drag queen*, artista y de Albacete. Tengo muchas aristas y muchas complejidades, y eso los hombres no son capaces de verlo.

—Lo de Albacete sobra, maricón —la regaña Mayúscula, *drag queen* como ella.

—¿Ahora hay que ser de Madrid capital para tener *glamour*? —replica—. Pues yo soy de Albacete y le rezo todas las noches a la virgen del Carmen y tengo más estilo en una

plataforma que todos los pijos del barrio de Salamanca en sus dos Reebok blancas —concluye su arrebato sindicalista de la moda.

Sandrita, Ketí y yo rompemos en aplausos. Tiene toda la razón. Y sé de lo que hablo. He vivido toda mi vida en La Finca, el barrio más pijo de toda la ciudad, y hay mucho esnob suelto que se cree que por vivir donde vive automáticamente pertenece a otro escalafón de la sociedad, como si de repente estuviéramos en la India en pleno sistema de castas.

—Lo que tienes que hacer es montar una revolución en plena oficina y dejarlos alucinados —apunta Sandrita—, como en esos anuncios en los que el prota pierde los papeles, se sube a su mesa de oficinista estresado y monta un escándalo.

Achina los ojos sobre mí para ganar en fuerza dramática mientras le da un sorbo a su botellín de cerveza Mahou.

Sonrío. Sandrita es exactamente como parece que es. Valiente y desinhibida, dos palabras cargadas de poder. Es la vocalista de un grupo de *indie rock* y sus canciones siempre hablan de ser libres y romper todas las fronteras que cualquiera pretenda imponerte.

—Tú imagínate que eres Paquita Salas —continúa muy seria Ketí, alzando las dos manos para meterme en situación, mencionando al singular personaje de la serie de los Javis en Netflix—, luchando porque tu representada consiga ese papel en «El secreto de Puente Viejo» y échales la bronca a todos.

—Paquita Salas es una revolucionaria —apunta Mayúscula.

—Y lo es llevando trajes de falda chaqueta al estilo de la reina de Inglaterra, que tiene mucho más mérito —apostilla Furia.

Yo las miro a todas y me tomo unos segundos para meditar y asentir.

—Básicamente, lo que queréis es que monte el pollo —simplifico.

—Sí —responden sin dudar las cuatro a la vez.

—Antes roba todo el material de oficina que puedas —me recomienda Sandrita—, por si te echan.

La señalo.

—Bien visto —afirmo, más que nada porque tendría todas las papeletas de acabar en la calle si me atreviese a hacerlo. Esa idea me deprime. Necesito el trabajo y, sobre todo, luché mucho para conseguirlo.

—Ey —llama mi atención Furia, poniendo su mano sobre la mía, que descansa en la barra—, si no saben ver lo que vales, es que son idiotas, y una persona tan válida como tú no puede trabajar rodeada de imbéciles. Dios es sabio y nos pone a cada uno en un lugar por un motivo; de nosotros depende encontrarlo.

Arrugo el ceño.

—Acabas de contradecirme —replico—. Si Dios es sabio y me puso en ese curro, no debería largarme, ¿no?

—A lo mejor te puso ahí para demostrarte lo valiente que eres —contraataca enarcando las cejas.

La miro y poco a poco una sonrisa va apoderándose de mis labios. Esa idea me gusta mucho más.

—¡Por los curros de mierda! —grita Sandrita, levantándose sobre el apoyo para los pies del taburete y alzando su botellín—. Por todas las oportunidades que te dan cuando los mandas a tomar por culo. Siempre hay que ver el lado positivo de las cosas.

Todas alzamos nuestras cervezas, las chocamos, las apoyamos sobre la barra y bebemos, en ese escrupuloso orden. Dos minutos después, estamos riéndonos por cualquier estupidez. Esa es la clave de la vida, sonreír y ver siempre el lado bueno de las cosas, y si es con amigas y una cerveza fresquita, mejor.

Pasada una hora, las chicas se marchan. Sandrita tiene ensayo y Keti ha quedado con su novio para dar una vuelta

antes de que ella empiece el turno en su restaurante. Sí, Keti tiene un pequeño gastrobar en La Latina y no podríamos estar más orgullosas de ella. La edición neoyorkina de *Time Out* la incluyó en su lista de «Sitios que no te debes perder en la vida urbana de Madrid» en su último número.

Otra hora más tarde voy a hacerlo yo. Hernán, algo así como mi novio, es complicado de explicar, me ha llamado para salir esta noche y tomarnos algo.

Estoy cruzándome el bolso sobre mi camiseta de Los Ramones cuando la puerta de El Fly se abre de par en par y Keti entra llorando como una Magdalena.

—Pero ¿qué...?

—Me ha dejado —responde hipando y tirándose en mis brazos antes siquiera de dejarme terminar la frase.

¡Es un hijo de puta!

—Me ha dejado —repite Keti, un poco más tranquila después de llorar durante cuarenta minutos, sorberse los mocos y, acto seguido, romper en llanto de nuevo y hundir la cabeza en la barra—. Me ha dejado por una de las chicas que trabaja para mí.

Mayúscula deja, discreta, dos botellines junto a nosotras y, tras mirar a Keti con ternura, se marcha para darnos intimidad.

—No me lo puedo creer —se lamenta—. ¿Tú te lo puedes creer?

Yo suelto un profundo suspiro y pienso seriamente en decirle que, esperarlo, francamente se lo esperaba todo Madrid. Blas, su señor novio, a partir de ahora el finado, es un gilipollas de tomo y lomo, guapísimo, pero un capullo integral. Pasaba de Keti y ya en el cumpleaños de ella (sí, señor, de ella) le hizo ojitos a esa camarera, quien, si de mí dependiera, se pasaría el resto de la vida fregando baños sin guantes.

Aunque, siendo justos, también tendría que decirle a Keti que, precisamente porque esto se veía venir, Sandrita y yo le advertimos muchas veces que tenía que abrir los ojos

y darse cuenta de cómo era él y que, si quería seguir dándose alegrías al cuerpo con semejante maromo, perfecto, pero que no se enganchara, porque iba a acabar pasándolo muy mal. Ketí siempre lo disculpaba hábilmente y, cuando ya no podía hacer más apología del cabronazo, sentenciaba el tema diciéndonos que no lo entendíamos. Ahora mismo se merece que se lo recuerde y que añada «que esto te sirva para aprender, atontada», pero quiero a esta atontada como si fuera mi hermana y, si lo que toca en este momento es prestarle mi hombro, llorar al finado y beber hasta caer rendidas, aquí me tiene. Siempre va a tenerme.

—Lo siento mucho —le digo.

—Hacíamos una pareja tan bonita —gimotea entre hipidos, abriendo los ojos.

—Preciosa —me obligo a decir, mascullando mentalmente letra a letra—, como de cuento.

—Y es tan guapo.

Asiento, dándole luego un trago a mi Mahou helada.

—Y folla... No te haces una idea de cómo folla.

—Creo que te estás regodeando —apunto.

—Y era el mejor hombre del mundo.

Hasta aquí hemos llegado.

—¡Era un gilipollas integral! —replico, haciendo sonar luego los labios como en un relincho de caballo—. De los que no hay dudas, vamos. Te trataba fatal, Ketí. Has salido ganando. ¿Qué digo? Te ha tocado el Euromillones —añado haciendo hincapié en cada palabra—. ¿Y sabes lo que vamos a hacer? Nos vamos a plantar en el centro comercial Xanadú, nos vamos a comprar dos modelitos y vamos a maquillarnos y a ponernos guapísimas y nos vamos a ir a cenar, a beber y a bailar, y no tiene por qué ser en ese orden, porque hoy, tú, querida amiga, has esquivado un balazo —sentencio señalándola.

Uno que se llamaba «divorciada a los treinta, con dos hijos, una hipoteca y un monovolumen con la ITV sin pasar».

Keti me mira durante largos segundos, sopesando cada frase de mi discurso.

—Dani —Daniela Suárez, para ser más exactos.

—¿Sí? —respondo.

—Eres la mejor amiga del mundo.

Sonrío. Espero que, si hacen una encuesta sobre eso, no le pregunten al finado.

—Vámonos —la animo a que me imite bajándome de mi taburete de un salto—. Tenemos mucho que hacer.

—¿Tú no habías quedado con tu novio? —me recuerda Furia Furibunda, llevándose una mano a la cadera.

Frunzo el entrecejo y los labios, toda mi expresión en general. ¡Mierda, lo había olvidado!

La miro y ella cabecea, recriminándome mi despiste.

—¿Se puede saber por qué no rompes ya con él? —me espeta Furia.

Voy a contestar, pero en el fondo no sé qué decir. ¿Recordáis que os expliqué que era complicado? Pues lo es, y mucho. Hernán es buena gente, o casi, como todos en realidad, supongo. Es guapo y tiene un buen trabajo. No es el colmo del romanticismo, de la sorpresa ni de la diversión, pero estoy convencida de que no lo es porque yo no soy la chica adecuada para él y creo que Hernán también lo sabe. ¿Podríamos dejarlo y ninguno de los dos sufriría? Sí. ¿Deberíamos hacerlo? Con toda probabilidad, sí también, pero estamos en ese momento en el que los dos hemos decidido tácitamente que es agradable tener a alguien para ir al cine y para que te caliente la camita. Además, él tiene treinta y tres y está divorciado. Yo, veintiséis. A estas edades se supone que ya deberíamos haber encontrado a la persona adecuada. Quizá seamos la media naranja del otro y no lo estemos enfocando bien... ¿Entendéis? Complicado.

—Yo... —Me encojo de hombros.

—Yo, ¿qué? —me presiona.

—Yo, nada —me quejo—. Lo que pase entre Hernán y yo es entre Hernán y yo. A los dos nos vale esto.

—Eso no le vale a nadie —me riñe.

—Pues entonces ya estás tardando en rezarle a la virgen del Carmen para que me encuentre un hombre como Dios manda —le rebato impertinente.

Ella mueve la mano dándome por imposible, como siempre en realidad. A mi lado, oigo un sollozo y, una milésima de segundo después, Keti está llorando de nuevo en mi hombro.

—Nada de llorar —la arengo, ayudándola a levantar de nuevo y cogiéndola de los brazos—. Centro comercial, guapas y fiesta. Hernán va a llevarnos a bailar.

—¿Y no te importa cargar conmigo? —inquieta con la voz más triste del universo.

Yo la miro y mi expresión, sin planearlo, se llena de ternura. ¿Acaso tengo una mísera oportunidad de decir que sí? Me está mirando con esos enormes ojos azules, los más tristes del universo también.

—Eres mi amiga —sentencio con una sonrisa—. Cargo contigo encantada.

Mi gesto se contagia en sus labios; algo débil, pero ahí está. Mi sonrisa se ensancha y la empujo hacia la puerta. Ciao, finado.

* * *

Nos vamos de compras y nos atrincheramos en la casa de Keti, en Lavapiés, para prepararnos. Con la música de Dua Lipa a todo volumen, terminamos de maquillarnos y subimos nuestros pies y, por ende, nuestros vestidos a unos tacones de infarto.

Primero saldremos a cenar y después nos encontraremos con Hernán en El circo. Nunca he estado en ese local y tendremos que coger un taxi para llegar, pero Mayúscula y Furia llevan una semana trabajando allí como camareras. Mientras su local en Malasaña termina de despegar, necesi-

tan otros ingresos. Quieren ver a Keti y animarla con un par de cócteles y buena música.

—¿Dónde demonios estamos? —inquire Keti.

Giro sobre mis talones, mirando a mi alrededor con una sonrisa.

—No tengo ni la más remota idea, pero es una pasada —respondo sin poder parar de observarlo absolutamente todo.

Dejé de preguntarme dónde íbamos cuando el taxista se pasó la décimo novena salida de la M40. Hemos acabado en pleno extrarradio, en algo que parece una fábrica abandonada abarrotada de gente. Diminutas luces del neón más brillante atestan el techo, formando una especie de telaraña gigante, que continúa en las barandillas de hormigón del piso superior. Hay dos pistas de baile; una alberga un escenario increíble y, la de la planta inferior está rodeada de una verja metálica.

Todo es gris y azul metalizado y todo también está lleno de claroscuros, luces brillantes y rincones peligrosos y sobreestimulantes para cualquier imaginación.

—Ahí están —digo señalando la barra en cuanto entra en mi campo de visión y, con ella, nuestras amigas.

Keti asiente y empezamos a caminar entremezclándonos con la concurrencia. La música se detiene y unas baquetas cortan el ambiente; a continuación, una guitarra. Me giro hacia el escenario y abro la boca sorprendidísima. Los Vaccines. ¡Los Vaccines! Uno de los mejores grupos *indie* del panorama europeo está cantando *If you wanna*.

—Es alucinante —convengo con una sonrisa.

—¿Verdad que sí?

Me vuelvo hacia la voz con los labios fruncidos, ocultando mi sonrisa para jugar un poco. Es Hernán.

—Un gran descubrimiento —apunto divertida.

Él alza la mirada y sus ojos verdes se pierden en los *le-*
ds.

—El extrarradio es peculiar —sentencia al fin—. Supongo que mejor esto que una antigua fábrica llena de yonquis.

—Vaya —respondo irónica y también un poco molesta—. Eso ha sido un poco prejuicioso, ¿no te parece?

No es que sea fan de las afueras, ni siquiera que pase mucho tiempo en ellas, pero, dar por hecho que algo se llenará de yonquis solo porque no esté en pleno Paseo de la Castellana, me parece un poco exagerado y, ya de paso, clasista, una actitud que siempre he odiado.

Hernán me mira sin comprender nada.

—Es un barrio como cualquier otro —concluyo mi alegato.

—Es Vallecas —contesta como si con esas dos palabras lo explicara todo. Su cara de aversión y su mirada de «has perdido un tornillo, ¿o qué?» hacen el resto.

—¿Y? —contraataco.

Siempre he vivido en La Finca. Mi padre es un alto cargo diplomático y ya estaba dedicado a ello cuando nací, así que nunca me ha faltado de nada. Sin embargo, no por eso, nunca, jamás, he pensado que el lugar donde vives te convierte en mejor o peor persona.

—¿Hernán?

Él frunce el entrecejo un segundo antes de girarse un poco sorprendido y un poco violento hacia la voz que lo llama. Yo también lo hago. Es una mujer alta, de su edad, delgada y francamente guapa, con ondas en su pelo castaño y unas kilométricas pestañas.

—¿Qué haces aquí? —inquiérese con una sonrisa.

—Hemos venido a tomar algo y escuchar un poco de música.

El plural le hace buscar junto a Hernán y encontrarme. Me barre con la mirada y finalmente me dedica una sonrisa que definiría como taimada.

—¿No nos presentas?

Hernán tarda un segundo de más, pero acaba sonriendo.

—Sí, claro que sí —contesta veloz, rodeándome la cintura con el brazo para acercarme a él—. Andrea, ella es Daniela, mi novia.

Un hombre alto y moreno se detiene a la espalda de la mujer. Está hablando con alguien y no consigo verle la cara. Es delgado, pero los vaqueros oscuros y la camisa blanca remangada dejan intuir unos músculos armónicos y tonificados debajo, amén de unos interesantes antebrazos.

—Daniela —continúa Hernán. Aún sin dejarme ver su rostro, el hombre coloca su mano sobre la cintura de ella. Sus dedos son grandes y masculinos y avanzan posesivos sobre su piel—, esta es Andrea, mi exmujer.

¡Joder!

Dos palabras y vuelvo a la realidad de golpe. ¡Su exmujer!

Supongo que la sorpresa debe de dibujarse en mi rostro y supongo también que ella debe de malinterpretarla como resquemor o algo parecido, porque esa sonrisa sibilina vuelve. No sabe hasta qué punto se equivoca. Lo bueno de una relación cómoda es que, si alguien viene y te roba al objeto de tu afecto, no resulta demasiado duro. Dicho esto, no voy a dejar que esta mujer, por muy guapa y alta que sea —jo, hay que ver qué alta es—, piense que me intimida lo más mínimo.

—Hola —digo con una sonrisa, avanzando un paso para darle dos besos.

Andrea se pone tensa, pero acepta el gesto.

—Encantada —pronuncia un pelín a regañadientes.

—Lo mismo digo —respondo.

Pero, curiosamente, ella ya no me mira a mí; tiene la mirada fija en mi novio.

—Hernán, quiero que conozcas a alguien —lo informa. Vuelve a sonreír como las malas de las telenovelas y, apoyando una mano en la de él sobre su piel, echa la cabeza

hacia atrás sin levantar los ojos de su exmarido—. Cielo —
llama al hombre a su espalda.

Él se gira y... joder, joder, ¡joder!

—Te presento a mi exmarido, Hernán. Hernán, él es mi
novio, Rico León.

Rico León.

No puede ser verdad.